**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***10. El temor a los momentos finales de la vida***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: Una Vida sin Preocupaciones**

***10. El temor a los momentos finales de la vida***

*No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí … Vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.* Juan 14:1, 3

**Introducción**

Aristóteles llamó a la muerte la cosa que más temía «porque parece ser el final de todo». Jean-Paul Sartre afirmó que la muerte «le quita todo el sentido a la vida». Robert Green Ingersoll, no pudo ofrecer palabras de esperanza en el funeral de su hermano. Él dijo: «La vida es un angosto valle entre las frías y desoladas cumbres de dos eternidades. En vano tratamos de ver más allá de las alturas». El pesimismo del filósofo francés François Rabelais, fue igual de helado: «Voy al gran Tal Vez». Shakespeare describió la vida después de la muerte con los términos más lúgubres en la siguiente línea de Hamlet: «El temor de algo después de la muerte, el país no descubierto de cuyos límites ningún viajero regresa».

**¿El final de todo?**

¡Qué lenguaje tan triste y deprimente! Si la muerte no es más que el «fin de todo», «desoladas cumbres», y «el gran Tal Vez», ¿cuál es la posibilidad de morir con valentía? Pero qué si los filósofos estaban equivocados. Supón que la muerte es diferente de lo que ellos pensaban, menos una maldición y más un pasaje, no una crisis que debe ser evitada, sino una esquina para doblar.

Esta es la promesa de Cristo: «No se turbe vuestro corazón, creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, ya os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis» (Juan 14:1-3).

**Preparando un lugar**

“Preparar un lugar” era la promesa que el novio le hacía a la novia, en el contexto cultural en que Jesús hablaba en esos momentos a sus discípulos. Después de recibir permiso de las dos familias, el novio volvía a la casa de su padre y construía una casa para su novia. Preparaba «un lugar».

Al comparar una boda con el fin de la vida de un creyente en la Tierra, en ambos casos el novio se lleva a la novia del brazo. Jesús es tu novio que viene. «Vendré por ti». Él se va a encontrar contigo en el altar. Tu última mirada en esta vida será seguida por tu primer vislumbre de Él, cara a cara.

Pero ¿cómo podemos estar seguros de que va a cumplir esa promesa? ¿Tenemos garantía de que sus palabras son más que poesía o vana superstición? ¿Nos atrevemos a poner nuestro corazón en las manos de Jesús? La respuesta es que, si la tumba de Jesús está vacía, entonces su promesa no lo está. El apóstol Pablo lo dijo así: «Pero cada uno [resucitará] en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida»
(1 Corintios 15:23).

Pablo les estaba escribiendo a los creyentes de Corinto en un momento en que alguien más estaba tratando de convencerlos de que los muertos no podían resucitar. Ni Cristo, ni los creyentes. El apóstol Pablo no podía resistir tal forma de pensar. «Quiero recordarles el evangelio que les prediqué, el mismo que recibieron [… Jesús] resucitó al tercer día … apareció a Cefas [Pedro], y después a los doce. Después a más de quinientos hermanos a la vez… a Jacobo … después a todos los apóstoles; y al último de todos … me apareció a mí» (1 Corintios 15:1, 4-8).

¿Ves la lógica de Pablo? Si una persona afirma un encuentro con Cristo después de la cruz, no lo tomes en cuenta. Si doce personas ofrecen declaraciones, considéralo histeria de grupo. Pero, cuando el testimonio se extiende a cientos, la incredulidad se convierte en creencia.

Cuando se apareció a los discípulos, Jesús les aseguró: «Yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lucas 24:39). Jesús experimentó una resurrección física y real y porque lo hizo, nosotros también lo haremos.

**El temor a la muerte**

Aristóteles se equivocó. No se le debe temer a la muerte. Aunque esto es solo cierto cuando conoces a Jesús como tu Señor y Salvador. Así que muramos con fe. Dejemos que la verdad de la resurrección penetré a lo más profundo de nuestro corazón y defina la manera en que miramos la muerte. Creamos a la Palabra de Dios, que trae libertad «a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2:15).

No hay necesidad de temer a la muerte, ni de ignorarla. Debido a Cristo, tú la puedes enfrentar con valor y confianza en el Señor.